

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA DE

U. de N. L.

Hebemos sin estar apoyados por tropas de la misma nación (1). La
entidad rivalidad de las repúblicas griegas cada particular al
rey en el seno de la misma Grecia. Así los dos pueblos que iban a
luchar por la dominación del mundo, ofrecían el singular espejo-
táculo de que los Griegos eran el apoyo de sus enemigos. ¿Qué se
necesitaba, pues, para acabar con la monarquía de los persas? La
unión de la Grecia. Cuando la unidad que los Heleños eran inca-
paces de darse, les fue impuesta por el genio de Alejandro, sonó
la última hora de los Grandes Reyes.

(1) Tácito, lib. 8, c. 20.

LOS ESTADOS COMERCIANTES.

LOS ESTADOS COMERCIALES

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
U. S. A.

desconoció la influencia civilizadora del comercio y de la industria. En el Oriente, las creencias religiosas reprobaban la navegación: los instintos guerreros que dominaban en el mundo oriental hicieron considerar las ocupaciones pacíficas del comercio como inferiores del hombre libre. Así se trataba en los Estados que debían su poder á los negocios, la aristocracia despreciaba el comercio; los nobles (1) se ablandaban en el cultivo del campo (2). Los navegantes se despreciaban por los de esta profesión.

INTRODUCCION.

El Asia Occidental nos ha ofrecido el espectáculo de grandes monarquías, estableciéndose por la conquista y pereciendo por invasiones incesantes de nuevas hordas bárbaras. En este movimiento, en apariencia desordenado, hemos creído notar una marcha regular y progresiva de la humanidad. Los conquistadores son instrumentos en las manos de Dios para acercar entre sí los pueblos. Pero la guerra, en sí misma, es impropia para unir á los hombres; destruye, no crea. Es preciso otro lazo que el de la violencia; la Providencia colocó naciones comerciantes al lado de los nómadas de instintos guerreros. El comercio es indispensable á las sociedades humanas. Los mismos Estados teocráticos están sometidos á esta necesidad; por mucho que nos remontemos en el curso de las edades, siempre encontraremos una relacion estrecha entre el comercio y la religion. Sin embargo, el sacerdocio es poco favorable á la navegacion. Dios dotó á una raza aparte del genio comercial. Los Fenicios y sus descendientes los Cartagineses hicieron del comercio su única ocupacion; atravesando intrépidamente el mar, aproximaron las comarcas que parecia haber separado la naturaleza.

Los Fenicios son el primer pueblo comerciante que encontramos en la historia. ¿Cuál es el valor del nuevo elemento de civilizacion que Tiro y Sidon traian á la humanidad? Los antiguos han

desconocido la influencia civilizadora del comercio y de la industria. En el Oriente, las creencias religiosas reprobaron la navegación; los instintos guerreros que dominaban en el mundo oriental hicieron considerar las ocupaciones pacíficas del comerciante como indignas del hombre libre. ¡Cosa extraña! aun en los Estados que debían su poder á los negocios, la aristocracia desdénaba el comercio; los nobles Cartagineses preferían las ocupaciones de la agricultura, y abandonaban el tráfico al pueblo (1). Los mayores filósofos de la antigüedad participaron todos de esta preocupación. Platon no quiere colocar su República á orillas del mar; tiene sospechas del comercio exterior. Su discípulo no oculta el desprecio que le inspira la industria (2). Ciceron, reproduciendo las ideas de los filósofos griegos, declara que la picardía y la mentira son inseparables de las ocupaciones del comerciante (3).

Los filósofos modernos han vengado al comercio de este desprecio; han colocado á los guerreros, vencedores del mundo, por bajo de los oseuros comerciantes: «El conquistador, dice Herder (4), no conquista más que para sí. La nación comerciante es útil á sí misma y á los demas pueblos; comunica los bienes de la inteligencia al mismo tiempo que los de la industria y de la naturaleza; debe, pues, aun contra su voluntad, favorecer el progreso de la humanidad.» Estas ideas han sido desarrolladas con una especie de entusiasmo por Destutt de Tracy (5): ve en el comercio «la sociedad en sí misma, el único lazo entre los hombres, la fuente de todos sus sentimientos morales, la primera y más poderosa causa del desenvolvimiento de su benevolencia recíproca. El comercio empieza por reunir todos los miembros de un mismo pueblo, relaciona en seguida estas sociedades entre sí, y acaba por unir todas las partes del universo. Lo mismo extiende, proyea y propaga las luces que las relaciones; es el autor de todos los bienes. Causa guerras, sin duda alguna, como ocasiona litigios; pero no es ménos cierto que cuanto más crece el espíritu comercial,

(1) PLIN., *H. N.*, XXVIII, 7.—MOYERS, *die Phoenizier*, t. III, p. 103.

(2) Véase el t. II de estos *Estudios*.

(3) CICER., *De leg. agrar.*, II, 35.

(4) HERDER., *Ideen*, XII, 4.

(5) *Comentario al espíritu de las leyes*, XX, 21, p. 348.

más disminuye el de destrucción, y que los hombres ménos pendencieros son siempre los que tienen medios tranquilos de obtener legítimas ganancias.»

Sin embargo, los sentimientos de los antiguos han encontrado también eco en los tiempos modernos. Vauvenargues arrojó el guante al comercio, definiéndolo «la escuela del engaño» (1). Un moralista alemán entró de lleno por estas ideas: «El comercio, dice Garve, tendiendo al provecho, alimenta el egoismo; es incompatible con la beneficencia y la filantropía; conduce á la guerra más detestable entre los individuos y entre los pueblos, la que se funda en el espíritu de rivalidad y de monopolio» (2). Kant se asoció á esta violenta acusación (3). Finalmente, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion* exclama: «El comercio, se dice, aproxima los pueblos, como el impuesto aproxima al cobrador y al contribuyente. Además de esas sordas enemistades, cuyo efecto á la larga es tan terrible, el comercio ocasiona, por sí solo, más guerras que todas las demas causas de división» (4).

Aun no hemos citado el publicista que ha emitido las ideas más exactas acerca de la influencia del comercio. Montesquieu confiesa que el espíritu del comercio divide á los particulares, pero añade que une á las naciones, conduciéndolas á la paz, y escribe estas profundas palabras: «La historia del comercio es la de la comunicación de los pueblos» (5). La distinción establecida por Montesquieu entre los efectos del comercio no es bastante para conciliar las opiniones contrarias sobre su acción moral y política. Admirador apasionado del régimen inglés, el célebre escritor no ha visto que la competencia ilimitada oculta una verdadera guerra entre los individuos y entre los pueblos; puede todavía hoy decirse con Sterne que todo acto de comercio es un acto de hostilidad. ¿Se

(1) VAUVENARGUES, *Pensamientos y máximas*, n.º 310.

(2) GARVE, *Philosophische Anmerkungen zu Cicero's Büchern von den Pflichten*, t. III, p. 56-77.

(3) Tratando del carácter del pueblo inglés, en su *Antropología*, Kant critica el espíritu mercantil; lo representa tan insociable como el espíritu nobiliario (KANT'S, *sämmtliche Werke*, t. X, p. 354, nota, edic. de 1839).

(4) LAMENNAIS, *Misceláneas religiosas y filosóficas*.

(5) *Espíritu de las Leyes*, XX, 2; XXI, 5.

engañaría, pues, la conciencia moderna considerando al comercio como un elemento de union? Hemos de volver á las antipatías de la antigüedad? No; aún en el estado actual de desorden y de anarquía, el comercio aproxima los pueblos; pero esta es la obra de Dios y no la de los hombres: «El comerciante, dice Schiller, es el instrumento de la Providencia; buscando el bien para sí, produce el bien» (1). ¿No llegará algún tiempo en que los pueblos, dejando de creerse enemigos, unan sus esfuerzos para conseguir el fin comun de la humanidad? El objeto de nuestro trabajo es mostrar que el género humano marcha hácia ese ideal. Entonces se cumplirán las palabras proféticas de Ballanche que «el comercio nos hace ciudadanos de todos los países; que el dogma de la confraternidad de todos los hombres nos es mostrado por la necesidad que tenemos unos de otros» (2).

(1) SCHILLER:

«*Euch, ihr Götter, gehört der Kaufmann. Götter zu suchen
Geht er, doch an sein Schiff knüpft das Gute sich an.*»

(2) Ensayo sobre las instituciones sociales, c. XI, 3ª parte.

CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA
 U. A. N.

«*Todos los monumentos de la antigüedad, dice Cuvier, todas las historias antiguas la extremada pobreza de la raza fenicia (1). Los fenicios, que habian conseguido por su comercio el dominio de la antigüedad, respondieron por su parte a esta especie de grandeur en el comercio, por lo que se llama el comercio de los fenicios.*»

LIBRO PRIMERO.

LOS FENICIOS (1).

CAPÍTULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Las ciudades fenicias son un punto apenas perceptible en medio de los inmensos imperios del Oriente. Sin embargo, estas pocas ciudades ejercieron más influencia que los Reyes de los Reyes. Las pretensiones de los monarcas persas á la dominacion del mundo cayeron ante la resistencia de un pequeño pueblo europeo, mientras que los comerciantes fenicios tuvieron por imperio la inmensidad de los mares, penetraron en regiones de las cuales los soberbios dominadores del Asia ignoraban hasta la existencia. ¿Cuál es la razon de este hecho prodigioso? Es un nuevo elemento que viene á tomar parte en la vida de la humanidad, el de la actividad inteligente. Los pueblos nómadas, que fundaron los Estados efimeros del Asia occidental, representan la fuerza; su accion está limitada al alcance de sus flechas. La raza fenicia tiene por armas la inteligencia, por objeto el trabajo; su dominio es ilimitado como el del pensamiento. El porvenir pertenece á este principio, pero sus primeras manifestaciones tienen poco atractivo; es el egoismo en toda su brutalidad.

(1) HEEREN, *Ideas sobre la politica y el comercio*, t. II.— MOYERS, *die Phoenizier*; ID., en la *Encyclopédie d'Ersch*, Sec. III, t. 24, en la palabra *Phoenizier*